

1353

1980

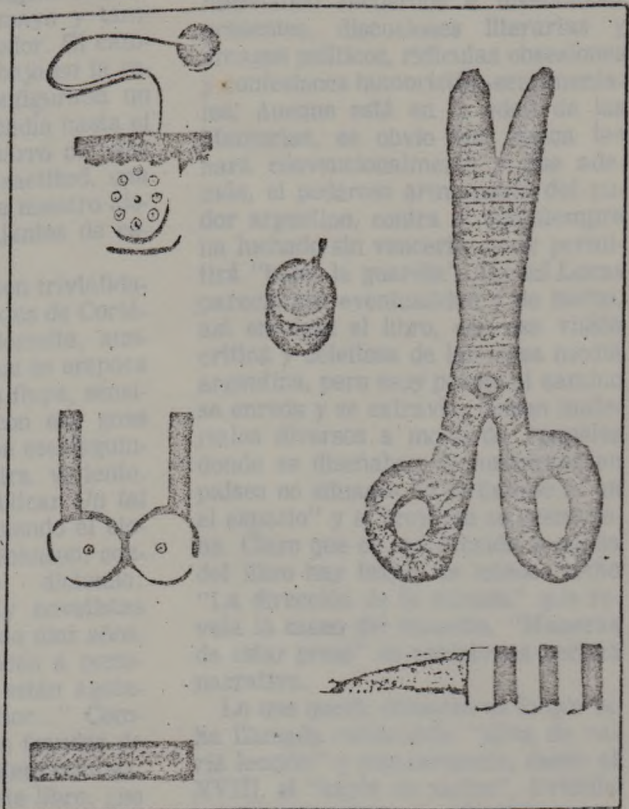
EL UNIVERSAL. Domingo 24 de Febrero de 1980

CULTURALES



Lectografías:

# Cajoncitos de Sastre



Angel Rama

¿ UE diablos hacer con los li- - sin seducción ni invención; cuentos

sensación de que pudo ser un gran li-  
bro, de que incluso en algún momento

• **Q**UE diablos hacer con los libros menores de los escritores mayores? Si cada libro por su sola existencia, cuestiona la función crítica, estas minoridades erizan a las euménides de la justicia. Las oigo vociferar mientras escribo. Porque si los dos libros que acabo de leer no llevarán en la tapa sendos carteles con los nombres de Julio Cortázar y de Adolfo Bioy Casares, sino el de dos jóvenes principiantes, probablemente antes de concluirlos ya hubieran sido botados en el canasto que colecciona los libros destinados a las obras pías (¿pías?). Pero Julio Cortázar es un maestro indiscutido de la prosa narrativa de la Lengua y Adolfo Bioy Casares es un respetable escritor argentino. Por lo cual, no sólo los leo hasta el final y aun los releo parcialmente en horas diferentes (no sea que los haya dañado la luz de la mañana otoñal), sino que intento la "lectografía" confesional.

Me pregunto por que los han publicado, a lo cual ayudan poco las solapas inflacionarias del editor (Alfaguara), que no se bajan del *Ulysses* en versión estructural. Tienen un airecillo de "presencias" en el mercado librero español: desde hace diez años éste viene cocinando bajo nuevos títulos, obras narrativas publicadas en América en décadas pasadas, lo que concluirá por establecer las más pintorescas y reiterativas bibliografías de los narradores latinoamericanos. El libro de Bioy Casares se titula *El héroe de las mujeres*. Por el cuento último del volumen, contiene ocho cuentos de los que una honrada nota previa advierte que son todos los escritos por el autor desde 1967 y que tres de ellos ya han aparecido en anteriores antologías argentinas, las *Historias de amor* y las *Historias fantásticas*. Ni los conocidos ni los nuevos, apuntan alguna modificación de los presupuestos narrativos de Bioy, aunque proclaman que es mejor volver a leer el *Diario de la guerra del cerdo*. Cuentos de misterio sin tensión y sin misterio; cuentos de amor (y esto es más grave, porque se trata de la cuerda que pulsaba mejor Bioy)

sin seducción ni invención: cuentos escritos desmayadamente, con una servicial y pesada articulación informativa, como en este comienzo del cuento del título: "Los hechos ocurrieron en el 42 ó en el 43. De lo que estoy seguro, es que el ingeniero Lartigue llegó a fines de mayo y también, que el año fue llovedor. El campo --yo no diría que es bajo en la región, sino tendido--, configuraba un solo pantano, que se extendía hasta el horizonte: un mar de barro o, para expresarlo con mayor exactitud, una isla de barro. Cómo sería nuestro aislamiento, que ni los viajeros de comercio llegaban".

Obviamente no aparecen trivialidades semejantes en los textos de Cortázar; siempre, aunque dormite, aunque el humor falle, aunque se empoce en minucias, la escritura fluye, sensible, inventiva, fresca, con ese gozo del arte que ilumina y con ese esguince lúdico que lo muestra viviente. Pero, ¿a qué diablos publicar *Un tal Lucas*? En un lugar, haciendo el elogio del empeinado Dr. Johnson, concluye sarcásticamente diciendo: "Cuando pienso que hay novelistas que producen un libro cada diez años, y en el intervalo convencen a periodistas y señoras de que están agotados por su trabajo interior..." Comparto su desdén por tales fraudes de la vida intelectual contemporánea, pero la observación en este libro, ¿no funciona como un boomerang? ¿No dice que quizás sea mejor no estar presente en el mercado todos los años si con eso se logra producir una obra definitiva? ¿Y acaso no hizo eso mismo Cortázar en los cincuenta y los sesenta, trabajando tesoneramente en sus obras mayores?

He dado vuelta por un lado y por otro al tal Lucas para descubrir su significado. Por momentos parece un "remake" de las *Historias de cronopios y de famas*, usando de los materiales coloquiales, los plantados, los tipos populares inventivos. Pero, si se lo piensa un poco, se vuelve a la sabrosa lectura de los *cronopios* y se abandona a Lucas a sus juegos mellados.

Lo que que incomoda más es la

sensación de que pudo ser un gran libro, de que incluso en algún momento Cortázar estuvo tentado por un libro muy propio de sus años y también muy propio de su humor distanciador y a la vez tierno: una autobiografía en broma, contada indirectamente, mezclando recuerdos e invenciones presentes, discusiones literarias y amagos políticos, ridículas obsesiones y confesiones humorístico-sentimentales. Aunque está en la edad de las Memorias, es obvio que nunca las hará convencionalmente y que además, el poderoso armamento del pudor argentino, contra el que siempre ha luchado sin vencerlo, no le permitirá "bajar la guardia". *Un tal Lucas* parecía esa eventualidad y de hecho, así empieza el libro, con esa visión crítica y deleitosa de la clase media argentina, pero muy pronto el camino se enreda y se extravía, vienen materiales diversos a modo de "papeles donde se diseñaban desembarcos en países no situados en el tiempo ni en el espacio" y el proyecto se desmorona. Claro que en esa sección segunda del libro hay textos de miedo, como "La dirección de la mirada" que revela la mano del maestro, "Maneras de estar preso" de asombrosa pericia narrativa.

Lo que queda entonces es lo que se ha llamado cultivamente "silva de varia lección" y popularmente, desde el XVIII, el "cajón de sastre", fórmula mucho más bonita que "baúl de escritor". Creo que fue Nora Lange la que un día tituló un libro de recortes "Para que no mueran", que suena como el disciplinado saludo del soldado al "soberano": ¡Presente! Es la rendición de cuentas que hace el escritor a su devoto público y no me cabe duda de que los cortazarianos se pillarán con algunas de estas páginas, incluso con las que revelan una guardia baja en escritor tan riguroso y poco condescendiente. Yo pertenezco a una clase más altiva de cortazarianos, quizás porque sigo creyendo que es capaz de alcanzar la cumbre así, displicentemente, como sin esfuerzo. Y como soy admirador empeinado no pienso ceder en mis convicciones ni en mis exigencias. •